

VÍCTOR SAÚL VILLEGAS MARTÍNEZ (2021),
HOMOEROTISMOS EN EL CUENTO MEXICANO, MÉXICO,
BONILLA ARTIGAS EDITORES, PÚBLICA CRÍTICA, 280 P.

En su libro *Homoerotismos en el cuento mexicano*, Víctor Saúl Villegas Martínez lleva a cabo un lúcido recorrido crítico por la diversidad de representaciones del homoerotismo en la cuentística mexicana. Además de la sagacidad del análisis, este volumen tiene como elemento clave un principio considerado como básico dentro de la labor crítica, pero que no siempre se cumple: la visión para atender zonas de la producción literaria que no han sido todavía examinadas de manera competente. Considerando la importancia del relato para la literatura mexicana y la relevancia del tema, resulta casi inexplicable que no exista mayor atención de la crítica a estas perspectivas.

Después del capítulo introductorio y previo al desarrollo del análisis de los relatos, Villegas Martínez propone dos apartados que no solamente contextualizan el tema, sino que establecen una base para el análisis y forman una estructura muy útil que fragmenta, más adelante, las obras literarias en distintas etapas. En “Concepciones del homoerotismo en México”, las propuestas teóricas de pensadores como Michel Foucault y Monique Wittig sobre la relación entre sexualidad y poder son aprovechadas para elaborar un diagrama general que, con el avance de la revisión historiográfica de la sexualidad disidente en el país, se vaticina con un destino común: de acuerdo con la premisa planteada por Villegas Martínez, la sociedad mexicana, desde la Conquista y hasta el presente, ha tenido como paradigma sexual una heteronormativa impuesta desde el poder, ya sea eclesiástico o gubernamental.

En su recorrido histórico, el autor describe la situación que se vivía a cada lado del Océano Atlántico antes de la colisión cultural dada como resultado de la colonización española del hoy territorio mexicano: por una parte, la percepción ciertamente abierta que tenían algunos de los pueblos originarios respecto a la sexualidad homoerótica y, por otra, el ideario que los españoles traían consigo, fundamentado en el concepto de *sodomía* que el catolicismo extrae de la interpretación de sus textos sagrados.

La disparidad de cosmovisiones entre culturas provoca que ésta sea la etapa más interesante en su revisión, pues, en adelante, será el modelo de heteronormatividad de los conquistadores europeos el que se imponga. A lo largo de la etapa colonial, el estatuto sexual dominante es controlado por la Iglesia católica: basado en el sistema heterosexual binario masculino/femenino originado por la diferencia genital entre los sujetos, el poder clerical se erige como ente que niega y sanciona cualquier otra forma de sexualidad. Dichos valores —explica el autor— perviven todavía en la actualidad, con cambios únicamente en el puesto del sujeto sancionador a partir de la fundación de México como Estado independiente: el aparato eclesiástico es sustituido por el sistema legal del gobierno, es decir, la homosexualidad pasa de ser pecado a considerarse delito.

Aunque cada etapa se configura conforme a diferentes valores —según se concluye—, el homoerotismo ha representado una alteración a la pauta de la heterosexualidad como única actividad erótica aceptable; así, en el plano histórico, cualquier sujeto que haya practicado una sexualidad homoerótica en México ha quedado en una posición periférica de invisibilidad, castigo y rechazo permanente. En la segunda década del siglo xx, surgen los primeros referentes verdaderos del homoerotismo y la sexualidad disidente en el ámbito literario mexicano: los Contemporáneos. Miembros de esta generación se aceptaron abiertamente como homosexuales y además lo plasmaron en su obra: Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer y, especialmente, Salvador Novo. No es casualidad la cantidad de líneas que en este recorrido Villegas Martínez le dedica al autor de *La estatua de sal*, a quien señala como “uno de los pocos sujetos que desafió por completo la heteronormatividad mexicana en una época hermética y poco tolerante con la diversidad sexual” (57). El recorrido termina en la época reciente con el surgimiento de la teoría *queer* y sus aportes diversos sobre la desarticulación de estructuras como el patriarcado y la heteronormatividad, que, trasladados a la realidad empírica, impulsan debates sobre género y sexualidad.

En “Estudios sobre literatura mexicana de contenido homoerótico”, el segundo capítulo previo al análisis, el autor desarrolla un estado de la cuestión sobre la crítica literaria que ha examinado el tópico del homoerotismo en la literatura mexicana. Como se presume, pone especial atención a aquellos estudios que han analizado el tópico en la producción cuentística, aunque algunos lo hayan hecho sólo de forma somera o parcial, debido a que la mayoría de

los esfuerzos de la crítica se han orientado hacia la novela y la poesía. A causa de estas restricciones y a que el tema resultó tabú hasta prácticamente la segunda mitad del siglo xx, la búsqueda de antecedentes se percibe meticulosa –por ende, más meritoria en la labor de investigación–, pues el autor incluso remite a textos críticos publicados a manera de presentación o introducción de antologías y compilaciones.

Respecto a las publicaciones que se relacionan de forma general con el tema del homoerotismo y la disidencia sexual en México, Villegas Martínez resalta en su estado de la cuestión los volúmenes *¡Que se quede el infinito sin estrellas!* y *El crepúsculo de Heterolandia*, que compilan varios artículos de Antonio Marquet; el libro *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, de Luis Mario Schneider; los artículos de Carlos Monsiváis publicados a manera de serie en la revista *Debate Feminista*, así como el volumen compilatorio de textos de distintos autores *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay*, coordinado por Miguel Capistrán y Michael K. Schuessler. En un rubro más específico, el de aquellos textos que de forma crítica afrontan el tema en la producción cuentística mexicana, el autor destaca especialmente la labor de Mario Muñoz como antologador de *De amores marginales*, una compilación pionera de relatos de tema homerótico en México publicada por primera vez en 1996, la cual incluye cuentos de escritores como Luis González de Alba, Ana Clavel, Luis Zapata o Inés Arredondo, y como autor de los artículos “El cuento mexicano de tema homosexual”, publicado en 1997 en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, y “La literatura mexicana de transgresión sexual”, publicado en 2011 en la revista *Amerika*.

El primer capítulo donde se analiza el corpus literario lleva como título “Antecedentes”. Tal como su nombre lo indica, en este apartado no se ve una representación explícita o evidente del homoerotismo en el argumento de los cuentos, pues ésta se oculta con un estilo lúdico y recurriendo a un tópico de cierta tradición en la literatura hispánica: el travestimiento. En los tres relatos que se estudian en este capítulo –“Manolito el pisaverde” (1838), de Ignacio Rodríguez Galván; “La excursionista” (1889), de Federico Gamboa, y “Aventura de carnaval” (1890-1895), de Amado Nervo–, existe un personaje principal que transmuta al género contrario, según el modelo binario hegemónico, gracias a un cambio de vestimenta y de comportamiento. Los tres personajes se travisten con el afán de alcanzar un objetivo de su interés, es decir, no realizan dicha acción por entrar en conflicto con su identidad sexual;

sin embargo, señala el autor que su travestimiento provoca en su entorno diversas reacciones que guardan, efectivamente, cierta atracción homoerótica de otros personajes. El caso más notable se puede observar en “Manolito el pisaverde”, donde tanto hombres como mujeres sienten atracción por María en su identidad como Manolito, un personaje descrito con rasgos andróginos. A partir del análisis en este apartado, Villegas Martínez introduce un concepto clave al que, en adelante, recurrirá de manera constante: el sistema de deseo mediterráneo. En este sistema, el cual se encuentra impuesto en México, a diferencia del sujeto pasivo, el sujeto activo del acto homosexual “nunca perderá su carácter viril y será aceptado socialmente” (36).

En “Exploración (1921-1960)”, el segundo apartado de análisis del corpus, las alusiones a una sexualidad homoerótica de los personajes son ya explícitas; la razón –apunta el autor– se halla en los cambios acontecidos en el paradigma social mexicano en aquellos años. Está claro que, si bien ya se presenta como un problema de identidad frente al sistema hegemónico, la homosexualidad en el corpus analizado de este apartado, especialmente en los dos primeros relatos, no se traza con posibilidades de aceptación; de hecho, sucede lo contrario. De acuerdo con el rastreo del autor, el cuento “Los amigos” (1929), de Jaime Torres Bodet, es el primero de toda la producción cuentística publicada en México donde uno de sus personajes se asume explícitamente como homosexual. Sin embargo, de manera aguda, Villegas Martínez demuestra con su análisis que el carácter dado a la homosexualidad del personaje en dicho relato, a partir de expresiones como “sensibilidad desviada” y “viciosa fermentación”, remite a la tradición de la inversión sexual. De manera más elevada, el relato “Los machos cabríos” (1952), de Jorge Ferretis, presenta no sólo una visión negativa, sino que, en el desarrollo de la diégesis, la condena a la disidencia sexual se realiza con un fuerte carácter reaccionario que se vincula estrechamente con el discurso “higienista” del siglo XIX, el cual proponía al “afeminamiento” como una enfermedad con posibilidades de curación. El último cuento que se analiza en este capítulo, “Los Malabé” (1959), de José de la Colina, recupera el tema del travestimiento. A diferencia de los tres relatos del capítulo anterior, la reflexión sobre el tema se lleva a cabo desde una posición de conflicto interno y de deseo del personaje, lo cual lo hace entrar en un estado de disputa permanente con su entorno social y familiar; es decir, se trata de una representación ya muy alejada del travestimiento lúdico e interesado presentado en la narrativa del siglo XIX.

En “Consolidación (1961-1990)”, el capítulo más prolífico del volumen, Villegas continúa su recorrido con el análisis del homoerotismo en cuatro cuentos. En el primero de estos relatos, “Los amigos” (1962), de Juan Vicente Melo, el conflicto de los personajes oscila entre su voluntad homoerótica y la opresión de su ámbito social, lo cual queda expuesto como significado esencial del discurso: “El deseo y el rechazo de la relación homoerótica son las dos caras de una moneda dolorosa, en la cual el habitus mantiene una ganancia y actividad punible sobre el sujeto” (187). A diferencia de “Los amigos”, el cual culmina con un suicidio, el siguiente cuento, “Doña Herlinda y su hijo” (1980), de Jorge López Páez, concluye, en apariencia, con un final comfortable para cada uno de los personajes. No obstante, gracias a una serie de sutiles observaciones, Villegas Martínez revela que, dentro de un relato aparentemente sencillo y con un “final feliz”, se hallan significados con matices de mayor complejidad: el personaje de doña Herlinda vendría a representar –con rasgos patriarcales– a la figura femenina defensora de la heteronormatividad, quien, demostrando síntomas de ductilidad en favor de la dicha de su hijo Rodolfo, permite que éste asuma su identidad homosexual y la practique mientras no infrinja el margen del ámbito privado. Los dos últimos relatos analizados en este apartado dejan entrever una oposición respecto a la exhibición de la homosexualidad: mientras que en “Perder a Orfeo” (1981), de Luis González de Alba, se demuestra en el ámbito público, aunque instalado en un lugar geográficamente periférico, en “De amor es mi negra pena” (1983), de Luis Zapata, se define por su ocultamiento tenaz frente a los valores más despiadados del machismo mexicano más exacerbado.

En el último capítulo “Cuestionamiento (1991-2010)”, se analizan únicamente dos cuentos: “Amor propio” (1994), de Enrique Serna, y “¿Te gusta el látex, cielo?” (2008), de Nadia Villafuerte, los cuales, de acuerdo con la resolución del autor, entran en el ámbito *queer*. En ambos aparecen personajes principales que transgreden cualquier normativa de sexo y género; tal como la teoría *queer* sostiene, estos personajes comprueban la existencia de una identidad completamente subjetiva y subordinada únicamente a los deseos del propio sujeto. Este quebranto a la estabilidad de las estructuras dominantes no sólo atenta de manera evidente contra la heteronormatividad, pues, según explica Villegas Martínez: “supone una crítica a la homonormatividad, cuya hegemonía planteó también un socavamiento de las identidades marginales

de la misma, como el travesti, la prostituta, el bisexual, el sadomasoquista, entre otros” (245).

En conclusión, el libro de Villegas Martínez constituye un amplio y profundo estudio sobre la representación del homoerotismo en la tradición cuentística mexicana que abarca desde las primeras décadas del México independiente hasta la actualidad. Tomando en cuenta diferentes propuestas teóricas, la perspectiva asumida le permite arrojar luz sobre distintos aspectos del corpus literario que de otra manera serían muy difíciles de hallar. El minucioso análisis del tema en cada uno de los relatos invita al lector a sentir curiosidad por los textos literarios que se tratan, mencionando en cada uno sus aspectos formales y estilísticos más destacados; de esta manera, el libro de Villegas no sólo cumple de manera impecable con su función crítica, sino que exhorta a la exploración de territorios pocas veces tomados en cuenta por el canon.

ISRAEL CRUZ GALINDO

ORCID.ORG/0009-0004-3944-1505

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Iztapalapa

csh2183018244@izt.uam.mx